



“

¿Por qué estos muertos no se olvidan de la memoria del pueblo?”

Con estas palabras cierra Oreste Plath su extraordinario estudio - "Hagiografía. Folklorica", le llama- sobre un aspecto crucial de la religiosidad popular.

Cada uno, ya sea que viaje por las calles de Santiago o por los caminos de Chile, no ha dejado de ser atraído por la visión de las pequeñas grutas que se abren a los costados de las calles o en las carreteras. También se las halla en cementerios, pampas, casas particulares, desfiladeros cordilleros o el desierto.

Tales procarias connotaciones testimonian de una muerte trágica.

"Nace una 'Animita' por misericordia del pueblo en el sitio en el que aconteció una 'mala muerte'", escribe Plath.

Puede tratarse de un asesinado o asesinado, de alguien que fue atropellado por un vehículo, de un muerto en ruta de calle o caminero. La promesa es que ninguna muerte acaecida a cielo abierto es una muerte justa, normal, ordinaria. Lo justo y normal y de muerte es morir en su lecho, como dice el refrán que hacen

acceder a su lugar, pueden convertirse en "sus santos". En otras palabras, pueden llegar a ser Animitas.

Las tradiciones, leamosse las jaldas, constituyen el "alma" de un pueblo. Son, para decirlo en términos "modernos", parte del "ser nacional".

Diremos, por nuestra parte, que el saber del pasado ilumina, explica y da coherencia al presente. Y hay, creemos, más. Lo que se nos ocurre es que al no conocernos en nuestros antepasados, y éstos están en la memoria colectiva en lo que llamamos "tradiciones", nos conocemos mal o menos o, lo que es más frecuente, simplemente nos desconocemos.

De donde resulta que quien nos convide esa parte escondida, sepultada u oculta de nosotros mismos, nos está convidando "ser", nos está enriqueciendo ontológicamente.

Y esto que afirmamos a partir de la lectura de L'Animita lo podemos sostener también a partir de otros libros y estudios de que ha sido generoso Oreste Plath y en que insisten, con singular pericia, otras y otros investigaciones de nuestra alma colectiva.

Devota por las páginas de este libro una multitud de personas, protagonistas



L'ANIMITA

DE PLATH

FERNANDO QUILODRAN

los generales. Aunque -pues con eso de "generales" se quiere aludir a los "jefes", a los conductores de hombres-, la experiencia muy reciente de Chile es que no todos los "generales" han muerto en su lecho. Algunos lo han hecho en La Moneda, otros en calles de capitales extranjeras, muchos en calabozos o sitios de tortura. Abundan en nuestro país, para bien de la especie "chilensis", los anti Gaderá -aunque también sea cierta la existencia de unos otros que, como el cura de ese nombre, "predican y no practican"; los capitanes de hombres que no dejan a su gusto "en la playa" como riaban que hiciera algún mítico "Capitán Araya".

También es violenta la muerte del ajusticiado, del que rompió las normas de la tribu y recibió de ésta la más dura sentencia. Porque es curiosa esta sociedad, civilizada, que para respetar a los que incumplan el precepto de "no matar"... los mata.

Y tanto la víctima como el victimario, y el conductor de pueblos o de almas -"Muertos ilustres en el cotizado del pueblo", los llama Oreste Plath- pueden

callados o vociferantes de nuestro tiempo. A todos los vincula una marca particular: han sido actores de un drama, han estado en el escenario de una "mala muerte", cumpliendo en ella los papeles que el destino -o las Fuerzas- les habían reservado.

El método del investigador y maestro de nuestros estudios folklóricos es simple. Expone el drama con la mayor abundancia de hechos. Nos pone "en situación". Conocemos, así, la historia personal de la futura Animita. Nos adentramos en su sociología y su psicología. Oreste Plath sabe, como ninguno, que muchas veces el recurso a la psicología es mirra de circunstancias sociales y jamás deja, por ello, de contarnos el "ser social" de los que se mueven en esas situaciones. Cample, de esta manera, el programa vital del novelista Balzac, que se quería "secretario" de la sociedad de su tiempo. Y viene, súbitamente, los acontecimientos terribles, aquellos en que el tiempo se acelera. ("¿Sabes, tú, qué es el Destino?", pregunta Casandra en "La guerra de Troya..."; de Anouilh. Y ella misma responde: "El Destino es la forma acelerada del

Tiempo.")

La muerte ha sido connotada. Las investigaciones judiciales han ocupado el centro de la escena; la víctima ha recibido sepultura, ya sea victimada o victimaria.

Y luego viene la constitución de la Animita, su forma o acelerado devenir objeto de culto. La elevación de un muerto a la categoría de Animita es una obra colectiva y raras de solemnidades. Es, por sobre todo, una maduración espontánea, el fruto de una cualidad en que es monopolista el pueblo: la compasión. La víctima -porque ya no se distingue entre hecho o hecho- es descubierta por los suyos. Al principio una vela de luminosidad más bien simulada, luego otra y otra, hasta la fortificación de un muro que puede desdibujarse a toda una ciudad, a una comarca y, demandando las retenciones oficiales, pasar a ser el centro de múltiples devociones, objeto de peregrinación, fuente de leyendas.

Consigna escrupulosamente, Oreste Plath, sus "Créditos". Da a cada uno lo suyo en el conocimiento de la Animita: autores de libros, poetas populares, o no

tanque artículos periodísticos, informáticos. Y, porque estamos ante un hombre de rigurosa metodología, las "visitas", que ha hecho una vez y otra el investigador a los lugares citados, a conversar con la gente del lugar, a "empapar" de los contenidos del culto particular.

Conocemos las inscripciones que adornan los lugares del culto. Son el reconocimiento "a favores recibidos", las "peticiones" que nacen desde el fondo de un estado de necesidad y de fe, las invocaciones "cívicas" ("Cardenal Carr. Haz lo posible para que no muera más compañeros. Que se acabe la pobreza y la oscuridad". La fecha: 30-IV-1975. Y firman "Conrado y Marina").

No cumplen las Animetas con otra cualquiera devoción de las varias que concurren a nuestra zona. Su culto se ofrece como una instancia de justicia que va más allá de las leyes y procedimientos de los hombres. Es una verdad que no necesita demostración, que no busca imponerse ni hace otro proselitismo que considerarse como un pan de necesidades. La generosidad de la Animita es alabada y transmitida por los bocas del pueblo, porque en ella éste ha reconocido a uno de los suyos.

"¿Por qué estos muertos no se olvidan de la memoria del pueblo?"

(1993)

L'animita de Oreste Plath [artículo] Fernando Quilodrán.

AUTORÍA

Quilodrán, Fernando, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

L'animita de Oreste Plath [artículo] Fernando Quilodrán. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile